

**JOSÉ MANUEL LUCÍA MEJÍAS, *Aquí y ahora*, MADRID, HUERGA Y FIERRO EDITORES, 2020, 62 pp.**

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH  
Universidad de León

En uno de sus discursos *monológicos*, el que se despliega a través del todo el poema 19 de este libro de José Manuel Lucía Mejías titulado *Aquí y ahora*, el hablante se dirige a su padre fallecido hace unas cuatro décadas para confirmarle algo tan evidente como esta constatación: «Por más que no haya dejado de recordarte / aunque hayan sido escasos los versos que te he escrito.» (p. 43). Esta afirmación, dicha al amparo fronterizo entre vida y literatura, zona contigua en la que se entrecruzan tantas veces la ficción y la biografía, la acredita el contenido de los libros del autor que aparecieron con anterioridad a este que salió en 2020.

Un aserto semejante podrían suscribirlo probablemente muchos poetas no solo contemporáneos, sino de otros siglos, lo que no obsta para que en la literatura española hayan descollado las *Coplas a la muerte de su padre*, en las que Jorge Manrique se inspira en la figura de su progenitor, recién traspasado, y se rememoran

sus gestas, su ejemplar conducta en vida y su sabia actitud ante la muerte. Pero insistido, la paternidad como asunto que inspire un diálogo con el padre no ha sido demasiado frecuentada en la historia de la poesía española, salvo contadas excepciones pretéritas o más recientes, y a diferencia de tantos discursos en los que se textualiza a la progenitora, entre los que también se cuenta en alguna medida *Aquí y ahora*. He de precisar, sin embargo, y respecto al tándem parental aducido, que la voz a la que José Manuel Lucía Mejías ha cedido la suya en el libro concede al padre un rol protagónico, como vengo diciendo, no así a la de la madre, una mujer que continúa formando parte de la cotidianidad del hablante, y lo hace envuelta en silenciosos recuerdos.

En *Aquí y ahora* se poetizan, a veces entrelazándose, distintos motivos bien sustanciosos, como por ejemplo los binomios establecidos entre historia individual y colectiva, entre recuerdo e inven-

ción, entre dos *yoes* que representan a un yo, o bien a un tú, entre la persona y el espejo con el que se dialoga, entre pasado y presente, entre vida y muerte, entre hoy y mañana. No vamos a abundar, sin embargo, en todos ellos pormenorizándolos separadamente, porque se anudan en muchas ocasiones a través del tejido textual del libro.

Dos acontecimientos, uno capital en la historia de la España contemporánea y en concreto en la de su democracia, y otro que marca un antes y un después en el discurrir generacional de una familia, coincidieron en producirse un 23 de febrero, el de 1981. Fueron el golpe de Estado en forma de asalto al Congreso de los Diputados, y el óbito del padre del hablante. Hechos impactantes los dos en tan distintos ámbitos, uno el de la colectividad, otro el de una esfera privada. Esta, no obstante, pertenece asimismo al colectivo, y como una de sus millones de células participó del estupor, de la consternación, de la incertidumbre general, pero además de la congoja, del patetismo y de las lágrimas que brotaron a causa de la muerte de un padre de familia producida en el espacio doméstico propio.

Ambas circunstancias las recuerda el hablante cuando ha alcanzado su medio siglo de vida y revive aquel día doblemente aciago en que aún era un niño, y en el que falleció su padre, a los cincuenta años que él tiene cuando lo rememora. En esas evocaciones recupera, mejor dicho reinventa, sus respectivas memorias en poemas que mayormente son diálogos con el progenitor, lo que admite que *Aquí y ahora* pueda leerse como un libro epistolar, dado que en cierto modo son epístolas en verso los poemas que comprende.

Ya en el poema inicial, «Las cuentas...», el hablante transmite la reflexión propia de que la vida no es sino «un volver a recordar lo que nunca hemos vivido.» (p. 11). La hace al final de su discurso, y reserva también para la conclusión de otro poema, el 12, un aserto no menos contundente sobre los recuerdos, asegurando que «No somos más que nuestra capacidad de inventarlos.» (p. 32) Hubo en la relación padre hijo que articula el libro recuerdos compartidos que se evocan en diferentes composiciones, y que se refieren a hechos que ambos vivieron juntos, primeramente en horizontes ibicencos. Sin embargo, aquellos años y aquellos momentos tampoco podrán ser recuperados ni por la memoria ni por un imposible traslado fidedigno a la escritura, pues «el recuerdo es siempre una ficción, un relato, / nuestros recuerdos son mi mejor novela, la literatura.» (p. 37).

Se vislumbra en *Aquí y ahora* una peculiar poética del yo que consiste en que el dicente trata de enfundarse en un yo atribuido al personaje del progenitor con el propósito de revivir de algún modo algunas de las que acaso fuesen experiencias comunes acaecidas en un mismo escenario, aun a sabiendas de lo baldío del intento, salvo en los parecidos fisiognómicos que el espejo refleja como muy similares entre la imagen del padre y la del hijo, y que van a servir siempre a este como estímulo para seguir recordándole.

Comprende *Aquí y ahora* treinta poemas, veintiocho de los cuales no llevan título, sino numeración consecutiva. Otros dos textos los enmarcan, compartiendo una misma titulación, pero desgajándola, de modo que la primera composición se titula «La cuentas...» y la última

«...claras». Mediante este recurso el autor refuerza la estructura del libro, cohesionándolo más si cabe, y al propio tiempo enuncia una clave semántica que lo unifica. Me refiero a la de acudir a una expresión muy popularizada y alusiva a la necesidad de clarificar, mejor por escrito, en este caso la relación entre padre e hijo, y mediante la escritura poética. Esta se despliega de un modo condigno con el empleo del adjetivo «claras». Esta palabra añade a la obra una connotación estilística simbólica también, como atestigua el hablante en el poema 12 al referirse a cómo reinventa desde la sinceridad el recuerdo paterno: «Te voy construyendo con versos cada vez más limpios, / más alejados de los meandros de los adjetivos sorprendentes...» (p. 31).

La imagen paterna se reinventa como medio para asumir el hablante poético la propia personalidad, su idiosincrasia, su presente y su futuro, y lo hace en el momento en el que, al contar cincuenta años, la edad que tenía el pro-

genitor cuando murió, dice que lo recreó «para ser mi reflejo deseado al otro lado del espejo,» (p. 62). Se despide entonces de él con un abrazo de comprensión, y establece de este modo con su memoria un reencuentro que supone el relevo familiar en la senda vital que le conducirá cada día y en solitario al mismo obvio destino.

El verso amplio que, sin ser en modo alguno exclusivo de su lenguaje poético, tanto ha ido caracterizando el habla literaria de José Manuel Lucía Mejías desde su entrega primera, *Libro de horas* (2000), es el cauce por el que discurre el discurso argumentativo poetizado en *Aquí y ahora*. No faltan en esta obra publicada en el año 2020 algunos poemas donde se intercalan quiebros rítmicos que contrapuntean líneas extendidas, ni tampoco algunos recursos que forman parte de su idiolecto. Con todo, en *Aquí y ahora* se advierte un decir más contenido en el plano verbal y estilístico, sustrayéndose el poeta al acecho de inercias retóricas en aras de una expresividad de alcance más genuino.